

Humanidad y medio ambiente: consideraciones a partir de la teología

Sobrino, Miguel Ángel

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Sobrino, M. Á. (1991). Humanidad y medio ambiente: consideraciones a partir de la teología. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(146), 55-70. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.146.51577>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Miguel Angel Sobrino*

HUMANIDAD Y MEDIO AMBIENTE

(Consideraciones a partir de la teología)

La humanidad en su conjunto tiene planteados, a finales del siglo XX, varios grandes desafíos. Del acierto o desacierto en resolverlos depende no sólo su futuro en el planeta, sino también el futuro del mismo planeta como habitable para el hombre y las demás especies vivas. De manera general podemos destacar tres desafíos fundamentales:

i) El que plantea el deterioro de los medios naturales, el consumo irreparable de las fuentes de energía, la ruptura de los grandes equilibrios del ambiente natural. Hasta hace poco tiempo se podía suponer y se pensaba que este planeta poseía recursos infinitos: parecíamos capaces de emplear todos sus bienes sin gastarlos ni exponerlos a peligro. De pronto hemos venido a descubrir que nuestro mundo es limitado en recursos, que no es posible una explotación indiscriminada de los recursos renovables y no renovables de la tierra sin ocasionar desequilibrios irreversibles en los ecosistemas. A esto es lo que se ha venido en llamar la "crisis del medio ambiente" o de manera incorrecta "la crisis ecológica". Así, si no amamos y cuidamos nuestro entorno vital terminaremos convirtiendo la vieja madre tierra en tumba irreparable de toda la humanidad y de todas las otras especies de vivientes;

ii) El que plantea la injusticia en el reparto y el consumo de los bienes de la tierra. Los medios de consumo y las diversas cosas de la vida las tenemos mal distribuidas, unos pocos tienen mucho y la gran mayoría casi no tienen nada: pesan en la espalda de los hombres siglos de injusticia, de opresión y lucha interhumana, sobre todo en regiones como

* Maestro en Teología y Filosofía.

América Latina o África. Antes se podía suponer que eso era defecto irreparable, consecuencia de profundas causas naturales e incluso desig-
nio de Dios. Ahora las cosas se ven con otros ojos y se comprenden de
forma distinta, pues sabemos ya que las profundas divisiones que pesan
sobre la humanidad no provienen de razones naturales ni de Dios, nacen
con la historia de los hombres, del ejercicio de su libertad, de su
egocentrismo; además en estos últimos decenios del siglo XX crece
desorbitadamente la ambición de los más fuertes, crece la opresión y la
desigualdad entre los países y entre los mismos miembros de un país, pero
al mismo tiempo crecen los deseos de igualdad o de revancha que nos
pueden conducir hacia el desastre: buscamos la justicia y gratuidad entre
los hombres o la misma fuerza de la lucha interhumana acaba por
rompernos para siempre con sus ruedas; y, por último

iii) como tercer desafío quiero señalar el riesgo de una planificación
estatal o tecnocrática que en nombre de la libertad y del progreso acaba
por ahogar las libertades de los hombres. Nunca como ahora ha sido
mayor la propaganda de los sistemas políticos o de los poderes de control
sobre el conjunto de los hombres; nunca fueron mayores los deseos y los
riesgos de ejercer ese poder entre los medios más diversos: políticos,
sociales, culturales, y hasta religiosos. Si un día triunfa la máquina de la
organización estatal o burocrática se habrá acabado el hombre.

Conforme a esta pequeña división que he hecho son tres los desafíos, tres los
retos principales que se ofrecen ante el hombre de este tiempo. Así, la respuesta
tiene que ser triple: se trata de cuidar el entorno natural, de establecer relaciones
de justicia social, de fomentar, al mismo tiempo, el valor y autonomía
personales.

En este artículo prestare especial atención a uno de estos desafíos y su
posible respuesta desde el ámbito de la teología cristiana. Consideraré brevemente
el desafío que nos plantea la crisis de la agresión al medio ambiente y
la respuesta que un discípulo de Jesús Mesías tiene que dar ante ella. Pues, si
la crisis ocasionada por la agresión al medio ambiente se presenta como
resultado de la acción libre del hombre en su entorno natural hasta deteriorarlo,
podemos decir que esto es expresión de una opción por el dios de la muerte, ante
la cual es necesario hacer realidad la opción por el Dios de la vida que nos revela
Jesús Mesías. Los discípulos de Jesús Mesías no pueden permanecer con los
brazos cruzados ante una realidad de muerte como es la crisis del deterioro del
medio ambiente natural en el cual vivimos; han sido llamados en el Espíritu a
ser testigos de la vida; por lo tanto, son responsables de la misma realidad
natural, ella misma esta llamada a ser redimida, a convertirse en un mundo para
el hombre en el cual podamos construir nuestra historia; historia que Dios por
su palabra radicalmente nueva, Jesús Mesías, transforma en Historia de la

Salvación. Así, la misma realidad natural, el mundo, será al final de los tiempos transformada en una nueva tierra y en un cielo nuevo. Pero ella no puede alcanzar este fin sin nuestra participación, pues a nosotros ha sido encomendada por el mismo Dios creador. En este artículo pretendo hacer explícito estos puntos y proporcionar alguna luz sobre la responsabilidad que tenemos los discípulos de Jesús Mesías en la solución de la presente crisis.

Al prevenir o anticiparme a las posibles, casi inevitables, interrogantes que puedan surgir a partir de lo que voy a decir en el desarrollo del presente artículo, me veo en la necesidad de iniciar con algunas matizaciones y aclaraciones.

Pretender hacer en el corto espacio de un artículo una exposición detallada y rigurosa de la crisis de la agresión del medio ambiente desde la perspectiva de la teología es un empeño difícil. Soy consciente de ello y actúo en consecuencia; sólo presentare elementos generales que puedan servir para la reflexión. Por otra parte, el problema de la crisis de la agresión a la naturaleza como tema de la reflexión teológica es relativamente joven, no existen muchos esfuerzos en este campo y de los que hay ninguno se presenta como reflexión totalizadora, por ahora son simples aproximaciones al tema, intentos de profundización e iluminación desde la fe cristiana al problema, con la intención de encontrar propuestas de solución y la conformación de un nuevo ethos que guíe nuestras relaciones con respecto a la naturaleza. Por estas razones mucho de lo que diré tiene carácter provisorio, es un acercamiento al problema a partir de la reflexión teológica. Además el despiste generalizado sobre la temática ecológica, al que no es ajeno el hecho de su desmesurada temática ecológica, al que no es ajeno el hecho de su desmesurada actualidad, me ha inducido a enfocar mi tratamiento desde un plano quizá demasiado elemental, pero también más eficaz. Por último, tengo que aclarar que la presente reflexión esta elaborada desde la reflexión teológica cristiana católica, y busca hacer una presentación del estado de la cuestión en el campo de la Teología.

Asumida en toda su magnitud, la afirmación sobre el desconocimiento de que es objeto la auténtica temática ecológica, no me queda otra alternativa que comenzar por referirme a ella para poder tratar después el aporte de la reflexión teológica a la solución del problema de la agresión al medio ambiente. Entremos ya en el tema.

El interés por el medio ambiente es una de las características de la cultura de nuestro tiempo. La preocupación por la agresión a la naturaleza, llamado por algunos "problema ecológico", impregnan los ámbitos científicos, industriales, políticos, cívicos, filosóficos y educativos. Y habida cuenta de que hemos entrado en una época de agresiones al medio ambiente hasta deteriorarlo en buena medida, se ha suscitado la reacción lógica contraria, que es el mencionado interés en la conservación de nuestro entorno natural.

A través de la historia de la humanidad, los avances tecnológicos han ejercido un efecto nada despreciable en cuanto a las innovaciones de la

organización social implicando siempre sus correspondientes modificaciones en el medio natural. Las primeras herramientas y el fuego fueron los primitivos logros tecnológicos del hombre, así como la domesticación de animales y los descubrimientos necesarios para la agricultura; todos ellos hicieron posible la primera transformación de la sociedad, pero también la primitiva transformación de la naturaleza. Sin embargo, es a partir de las grandes innovaciones tecnológicas de las eras industrial y postindustrial, cuando los impactos sobre el medio ambiente natural han dejado las mayores huellas.

El hombre de hoy ejerce sobre el medio natural múltiples agresiones sin comparación con las realizadas en antaño por las generaciones que le precedieron. Mediante el progreso tecnológico ha creado un ambiente en perpetua modificación que, en lo sucesivo, se impone a él y le exige un constante esfuerzo de transformación y de adaptación. Los efectos de tales acciones, así como el crecimiento exponencial del desarrollo demográfico, se han dejado sentir a escala planetaria, de tal forma que el hombre moderno ha tomado conciencia de los graves problemas emanados de su relación con el medio ambiente. Esta toma conciencia y la magnitud del problema de la agresión al medio natural invita a la reflexión; sobre todo cuando es un problema que nos toca muy de cerca, pues el deterioro de los ecosistemas que conforman nuestra patria es cada vez más alarmante, sólo basta prestar un poco de atención a los diversos medios de comunicación para confirmar este hecho.

En nuestra patria tenemos signos cada vez más tremendos de la agresión al medio ambiente: desertificación de tierras por el uso indiscriminado de sistemas de agricultura impropios o la tala de árboles, la contaminación de ríos y lagos por desechos industriales, la contaminación creciente de la atmósfera en las grandes urbes como el Distrito Federal, Guadalajara, Monterrey. Podríamos enumerar muchos hechos, pero creo que son conocidos por todos y no tenemos tiempo suficiente para referirnos con detalle a todos estos hechos. Por eso he optado por referirme a algunas exigencias que brotan de la fe cristiana con respecto a una praxis en relación a cambiar nuestra manera de vivir las relaciones que tenemos con nuestro medio ambiente.

Como discípulos de Jesús Mesías tenemos la obligación de leer y discernir los signos de los tiempos. "Auscultar, discernir e interpretar", nos dice el Concilio Vaticano II. No basta con leer, con auscultar, hay que discernir e interpretar dichos signos para saber qué hacer en nuestra cotidianidad. La historia no sólo nos exige una lectura atenta, nos exige una interpretación comprometida. Es necesario "discernir la historia", cribarla, realizar un juicio práctico sobre ella. Discernir los "signos" para descubrir en la historia la presencia de Dios. Es decir, para descubrirle a él vivo, comprometido en la causa del pobre y del desvalido, del pequeño y el débil, de las víctimas de la historia. Poner la historia a la luz de la Buena Noticia de Jesús Mesías para juzgar si sus signos son anunciadores de un movimiento hacia la liberación

integral del hombre, que es signo de la presencia del Reino de Dios en medio de nosotros.

Dios actúa en la historia desde la libertad de los hombres, atravesando todas las relaciones que cada uno de nosotros establece con la naturaleza y con los demás hombres. El es el Señor de la historia y la conduce misteriosamente hacia su plenitud y acabamiento final. Pero sabemos por nuestra propia experiencia que esa misma historia es el campo de la ambigüedad humana, porque es obra de hombres y realiza los logros y fracasos de la libertad colectiva de la humanidad. Es “el gran teatro” donde se presenta el drama de ser hombre; lugar de combate, nudo de decisiones, actuación de intereses encontrados y muchas veces contrarios al proyecto de vida que nos ofrece Dios en Jesús Mesías. Historia de acontecimientos trabados desde las pasiones humanas, los deseos de poder, la desigual apropiación de los bienes de la tierra, donde los atentados contra el medio ambiente son manifiestos: los procesos de industrialización y de deshumanización que dejan al hombre sin espacio vital y lo hacen esclavo de proyectos que buscan más el complacer intereses personales y no el bienestar de la humanidad y el cumplimiento del proyecto de Dios. Es en esta historia donde el abuso contra los recursos naturales, la contaminación del aire y de las aguas, los ruidos, las basuras, se concreta en una innegable deshumanización en donde la agresión la indiferencia social y el crimen reinan por completo como expresiones del pecado, y de lo que san Pablo llama frutos de la carne del hombre que vive ajeno al proyecto de Dios. Pero también es en esta misma historia donde se hacen presentes los esfuerzos denodados por la honestidad, los gestos liberadores y generosos o de las geniales producciones de belleza y actos de justicia. Lugar de actuación dramática de los hombres en donde se hace presente el Dios de la vida para transformarla en “Historia de Salvación”.

Desde esta óptica podemos hablar de la toma de conciencia del problema de la agresión a la naturaleza como “un signo de los tiempos actuales”, en la medida que nos remite al juego de nuestra libertad para adoptar medidas y soluciones, y así resolver el conflicto que se da en la relación hombre-medio ambiente natural, que atenta contra la calidad de vida del hombre y, por lo tanto, contra el mismo ser del hombre y demás especies vivas. Pero sobre todo podemos considerarla un “signo de los tiempos” en la medida en que captamos la alternativa que Dios pone a nuestra vida de abrirse a su misma libertad, de reconocerle como el Dios de la vida y no la muerte y poder establecer así un juicio desde su misma Palabra de Vida sobre el acontecimiento de la agresión al medio ambiente. Juicio que nos induce a aceptar nuestra propia responsabilidad en la construcción de un mundo para el hombre en el cual pueda darse la dimensión del Reino de Dios.

La toma de conciencia de la agresión al medio ambiente ha desarrollado una nueva sensibilidad de carácter global y mundialista en que el objetivo se

desplaza del individuo a toda la especie humana, a la flora y a la fauna, como también a los diversos ecosistemas; en definitiva, se cuestiona la supervivencia del planeta y esta percepción insólita de riesgo de holocausto nos hace trascender de nuestros destinos individuales para pasar nuestra vista y nuestros pensamientos en la totalidad. Es necesario aclarar aquí que no considero el problema de las agresiones o alteraciones ambientales como “signo de los tiempos”, sino sólo a la toma de conciencia del problema y de las implicaciones que tiene para la calidad de vida del hombre, la cual conlleva a una toma de opciones por las soluciones a dicho problema.

La nueva conciencia de la humanidad surge a partir de la situación que atraviesa el género humano en el último cuarto del siglo XX, la cual es ciertamente inquietante: al peligro potencial de una confrontación nuclear entre las grandes potencias mundiales hay que añadir el progresivo deterioro del equilibrio de los ecosistemas y la consiguiente destrucción paulatina de la vida que puede conducir tal vez al aniquilamiento del planeta y del hombre que habita en él. Por otra parte, el menosprecio de los derechos y los valores humanos y la palpable deshumanización que se observa en las modernas y supermasificadas ciudades del mundo “avanzado” o “moderno” nos sitúan ante una coyuntura moral y espiritual sin precedentes en la historia. Es notorio que en grandes partes del mundo la libertad individual y los derechos humanos se ven conculcados o abiertamente violados; la opresión política no es menos evidente; y el egoísmo de los países ricos engendran la miseria y la indigencia más lacerante en el llamado Tercer Mundo. A la división bélica entre el Este y el Oeste hay que añadir otra, no tenida aún suficientemente en cuenta y no por ello menos deshumanizante: la división Norte-Sur; es decir, la división entre países ricos-países pobres. En suma, tal vez nunca se haya presentado tan acuciantemente ante nuestras conciencias el problema de la existencia humana de cara al futuro y quizá nunca ha sido tan necesario una nueva conciencia moral como hoy. El papa Juan Pablo II en su encíclica *Sollicitudo rei socialis* hace una presentación profunda y panorámica de esta situación en la que se encuentra actualmente la humanidad y de la nueva conciencia que se está engendrando para combatirla.

Si la situación del mundo contemporáneo es de tal modo, podemos afirmar que probablemente la única salida optimista que le queda a la humanidad es la de conseguir poner en funcionamiento un auténtico humanismo que sea capaz de impulsar acciones transformadoras de la realidad, tanto a nivel sociopolítico-económico cuanto a otro nivel más importante aún y condición de posibilidad del anterior: el ámbito de la praxis moral.

Como discípulos de Jesús Mesías la experiencia de la fe en el único Dios y Padre de todo otorga unidad a nuestro mundo y a nuestra historia. Esta experiencia nos ofrece una interpretación específica de la responsabilidad común que tenemos con respecto a nuestro mundo y de la especial misión que

tenemos y que se nos ha encomendado de construir el Reino de Dios en el mundo en el cual vivimos mediante la acción de la gracia de Dios.

Sin embargo, ante esta nueva conciencia caben las preguntas ¿cómo ha llegado la humanidad al punto en que se encuentra actualmente? ¿Cuáles han sido los factores determinantes de la crisis de la agresión al medio ambiente? Dar respuesta a estas cuestiones es indispensable, pues una reflexión a partir de la fe sobre el problema no puede dispensarse en la evocación de los factores de las crisis, porque de lo contrario se quedaría sin su marco de referencia. De hacerlo sería una reflexión descontextualizada y muy genérica; en rigor, es el carácter excepcionalmente alarmante de estos datos lo que hace urgente la aportación de la reflexión a partir de nuestra fe.

Según un consenso prácticamente unánime la crisis del ambiente se debe concretamente a los siguientes factores: a) a un crecimiento económico de índole permanente e incontrolable; b) al crecimiento progresivo del consumo innecesario, sobre todo superfluo; c) al tipo de tecnología productivista usada por los países hoy desarrollados; d) a la naturaleza de los sistemas políticos y económicos en vigor actualmente; e) al tipo de relaciones actuales entre el hombre y la naturaleza fundamentada en una economía de consumo; y f) a la explosión demográfica. Estos seis factores se polarizan en cuatro: I) la contaminación; II) la extenuación de los recursos naturales; III) la carrera armamentista; y IV) superpoblación o explosión demográfica. Me voy a detener un momento en ellos.

La contaminación.- La amenaza de la ruptura del equilibrio ecológico de la biosfera, es decir, entre la humanidad y su ambiente se hace posible al considerar el potencial aparentemente infinito de expansión de que podrá disponer el hombre con el desarrollo de las energías artificiales. Pero esto sucederá dentro de un equilibrio ecológico también artificial, que será extremadamente frágil. El problema, por lo tanto, no es el progreso ilimitado en sí mismo sino los desequilibrios ecológicos que produce; en el fondo, en la capacidad que tendrá el hombre de controlar equilibrios ecológicos frágiles, artificiales, inestables.

Puede decirse que hasta el comienzo del siglo XX las modificaciones introducidas por el hombre en los equilibrios ecológicos aparecen como compatibles con las capacidades de adaptación de los diferentes sistemas biológicos involucrados, de los más simples a los más complejos. Hasta ese momento, las intervenciones del hombre en los ecosistemas naturales eran absorbidas y neutralizadas en sus efectos por la adaptabilidad de los sistemas.

Actualmente los hechos son diferentes; las intervenciones humanas son más complejas, más generalizadas y más inestables, en tanto que la Naturaleza permanece la misma. Podemos afirmar que la civilización industrial está convirtiendo nuestro planeta en un verdadero vertedero de desperdicios. Es

verdad que la naturaleza tiene la capacidad de encajar y digerir los subproductos de la actividad humana, pero no hay que olvidar que esta capacidad es limitada y que, a partir de cierta cantidad, emergen síntomas inequívocos de saturación y de rechazo por parte de ella hacia dichos subproductos. Los hechos se agravan notablemente cuando al incremento de la cantidad de los desechos se modifica también su calidad (por ejemplo, el carácter tóxico de los residuos radiactivos, del detergente o de otros productos de uso industrial o casero). Los expertos en Ecología coinciden en señalar que estamos en el umbral de la saturación; más aún, que tal umbral se ha franqueado ya a niveles locales en algunas partes del mundo. Dicho de otro modo, se registran ya saturaciones de deterioro irreversible en tierra, agua y aire, si bien localmente circunscritos del medio ambiente.

Con este criterio, se agrupa con el término de “daños del ambiente” a todas las consecuencias de la actividad humana que no han podido ser asimiladas por los ciclos biológicos y que tienen efectos nocivos sobre la calidad de vida del hombre y de la misma naturaleza.

En este sentido la biosfera se comporta como un gigantesco sistema que funciona en circuito cerrado, en el que todo elemento no reciclable no puede ser reemplazado por otro. Como se trata de cadenas de procesos vivos, el regreso al estado inerte de tal o cual eslabón corresponde a una pérdida para el conjunto del sistema, la saturación de una cadena como consecuencia de la aceleración de la cadena precedente, equivale a largo plazo a la detención del conjunto. En este punto estamos ahora a nivel mundial.

Además, el problema de las contaminaciones es múltiple y se presenta en formas muy diversas, con asociaciones y sinergismos difíciles de prever. Pero, en definitiva las principales consecuencias biológicas de las contaminaciones derivan de sus efectos ecológicos. Así, la contaminación es una modificación desfavorable del ambiente natural y humano que aparece, en totalidad o en parte, como un subproducto de la humana, a través de efectos directos o indirectos que alteran la repartición de los flujos o cadenas de la energía, los niveles de radiación, la constitución físico-química del ambiente y la existencia de las especies vivas (cantidad, distribución, etc.). Estas modificaciones pueden afectar al hombre directamente o a través de los recursos agrícolas, en el agua y en otros productos biológicos. Ellos pueden también afectarlo alterando los objetos físicos que el hombre posee, las posibilidades recreables del medio o desfigurando y afeando la naturaleza lo que repercute en su conformación psicológica.

En esta descripción tomo el concepto contaminación en su sentido más amplio, ya que incluyo en ella toda actividad humana que envenene o degrade la naturaleza. Esto hay que tenerlo presente pues dar una clasificación de las diversas contaminaciones no es empresa nada fácil, puesto que existen muchos y muy diferentes criterios para hacerla; por ejemplo, según sea la naturaleza de

los contaminantes, los criterios ecológicos, los criterios antropológicos o los diversos ecosistemas que se vean afectados.

Este factor de la contaminación ambiental es el que más directamente impacta a la opinión pública y al que prestar mayor atención los medios de comunicación social, pues incide directamente en los elementos más indispensables que requerimos para poder vivir: el aire, el agua, la tierra y los alimentos.

Pasemos ahora a la *extenuación de los recursos naturales*. Los recursos naturales son los seres vivos y las sustancias de la tierra que el hombre utiliza (o podría utilizar) para su alimentación, construcciones, generación de energía y fabricación de bienes materiales. Si ellos se regeneran cíclicamente se los considera como recursos renovables; de lo contrario son considerados recursos no renovables. Los recursos naturales no son tales sin la participación humana. El hombre obtiene la energía para su propia subsistencia de los renovables y transforma los no renovables por medio de máquinas y herramientas con objeto de hacer su vida más placentera y con menos esfuerzo. Sin embargo, las reservas de los recursos naturales de la tierra son limitadas.

La explotación salvaje a que ha sido sometida la tierra fundamentada en una política consumista ha producido una disminución de los recursos naturales a cifras preocupantes. El problema más grave planteado es la amenaza de que el mundo no sea capaz de alimentar a una población que aumenta a un ritmo que puede llegar a destruir el equilibrio ecológico población-ambiente productivo.

Cada vez se tiende más a considerar que la solución a la escasez mundial de alimentos y de energéticos (elementos constitutivos de la crisis mundial de la salud), con su doble consecuencia de hambre y de mal nutrición, está indisolublemente ligado a otros problemas de carácter social, esto son: el crecimiento demográfico que exige una mayor producción de alimentos que conlleva añejo el problema de la sobreexplotación de tierras cultivables, la tala de bosques para obtener energía y campos de cultivo y el uso de insecticidas para el control de plagas; el tipo de desarrollo económico (competitivo y basado en objetivos puramente comerciales), el cual repercute en una creciente urbanización, el uso de tecnologías duras; el tipo de comercio internacional actual; la explotación indebida de la naturaleza con fines comerciales; la tenencia de las tierras y de los medios de producción.

Todo esto es cierto porque el problema del hambre en el mundo se produce más intensamente que antes, cuando el hombre contemporáneo se asombra del progreso industrial, tecnológico y científico. Este no ha servido para solucionar los problemas primarios de la humanidad (alimentación, salud, educación, paz, libertad), sino todo lo contrario, los ha agravado en tal forma que la humanidad sufre hoy en día hambre, alta morbilidad, ignorancia, guerras continuas, injusticia y opresión.

El enriquecimiento de los países industrializados ha contribuido de manera

muy importante a marcar estas diferencias y aumentar los problemas; ha aumentado la demanda de alimentos y de recursos de la tierra (sociedades de consumo) produciendo incluso un aumento de exportación de alimentos y de recursos no renovables desde el llamado Tercer Mundo a estos países, lo cual ha provocado el hambre y la pobreza en muchos de ellos y el exceso de consumo en otros.

El origen de esta situación social que ha conducido a un grave desequilibrio ecológico es la dependencia económica de la mayoría de los países de la tierra y el tipo de guerra comercial internacional que mantienen los países del centro, que en nada beneficia a los países de la periferia.

La *carrera armamentista*.- Al margen de la potencia devastadora de los arsenales nucleares, capaces de destruir la tierra varias veces, la espiral del armamentismo ha cobrado en los últimos decenios perfiles delirantes. Una imponente cantidad de recursos monetarios, naturales y humanos está siendo desviada de su destino racional para alimentar esta fiebre enloquecida producida por la civilización del miedo.

Los países en vías de desarrollo (deficitarios en alimentos, energía y bienes de consumo) duplican cada seis años sus presupuestos militares fundamentados en una política de la Seguridad Nacional. Por otro lado, la elección de la energía nuclear como fuente de energía representa mucho más que una mera elección técnica. Es la elección de un tipo de sociedad y de un modo de vida. El problema nuclear se transforma así en un problema político. El desarrollo de las centrales nucleares sólo puede darse mediante la configuración de un estado nuclear policial. El manejo de energía nuclear no es "juego de niños", si no es algo extremadamente peligroso, lo que supone una serie de medidas de control y organización de las empresas responsables de su manejo. Además las centrales nucleares conducen a la concentración del control energético en pocas manos.

Todo país que adopte el sistema de centrales nucleares para resolver el problema energético, supone la adopción de un modelo de desarrollo y de un tipo de sociedad que configura lo que se ha denominado el Estado-nuclear-policial, cuyas características principales pueden resumirse en lo siguiente: sociedad dependiente, organización policiaca, centralización del poder.

Pasemos ahora a considerar la *explosión demográfica*. Es prácticamente imposible leer ningún periódico o diario en que no aparezca el término "explosión demográfica", o algún concepto que hace referencia a esta realidad. En los últimos quince años la población de la tierra se ha incrementado en mil millones de personas.

El crecimiento rápido y excesivo de la población humana en relación a las posibilidades de la Tierra para el mantenimiento de la vida, se ha producido en forma explosiva después de la Segunda Guerra Mundial, mostrando una diferencia neta de ritmo entre los países más desarrollados y los menos

desarrollados. Cabe hacernos la pregunta: ¿por qué se ha producido la explosión demográfica?

Las poblaciones tradicionales tienen o tenían tasas de natalidad de 35 a 45 por cada mil habitantes; el incremento era anulado por hambrunas y epidemias. Después de la Segunda Guerra Mundial la tasa de mortalidad ha bajado muy significativamente, pero de manera muy desigual, según las condiciones de cada país: edad de la población, nivel de desarrollo social, programas preventivos de salud. La natalidad, al contrario, ha permanecido en los niveles tradicionales, porque las condiciones socioculturales están cambiando más lentamente en los países. La natalidad comenzó a descender con la introducción de técnicas anticonceptivas y con los cambios en los comportamientos reproductivos de la familia. Como consecuencia, el ritmo de crecimiento anual de la población en los países de escaso desarrollo ha alcanzado una tasa y una velocidad nunca alcanzadas en toda la historia de la humanidad y muy superiores a las que representó Europa occidental durante la cúspide de su crecimiento demográfico en el siglo XIX.

El crecimiento demográfico que se registra actualmente en la Tierra implica: aumento de la población en países o en regiones determinadas; aumento de la velocidad del ritmo de crecimiento; aumento de la densidad de población, particularmente en las zonas urbanas; el fenómeno provoca un desequilibrio ecológico y social entre la producción en lento desarrollo y la población en aumento rápido. Este fenómeno demográfico tiene consecuencias sociales económicas, psicológicas, médicas y sobre el ambiente natural, consecuencias casi siempre negativas.

El horizonte de la realidad se oscurece aún más al constatar que estos cuatro factores que he mencionado se involucran y realimentan mutuamente; cada uno de ellos ejerce un efecto multiplicador sobre los restantes. Por esa razón una estrategia efectiva de solución del problema de la agresión a la naturaleza debe actuar sobre todos ellos al mismo tiempo; es ilusoria cualquier solución que trata de vencer sólo alguno de ellos.

Ante una realidad tan dramática como la que he descrito podemos preguntar ¿cómo es que la preocupación por la misma continúa localizada en círculos minoritarios? Hoy día apenas puede dudarse de que existe una gigantesca operación de enmascaramiento de la crisis. El panorama que nos presenta la ecología es tan desolador que parece lícito preguntarse si no será demasiado tarde para las soluciones. ¿No habremos alcanzado ya el punto de no-retorno? ¿Puede el hombre todavía enderezar el curso de los acontecimientos, restablecer los equilibrios rotos y programar su estancia en la Tierra sobre otras bases que eviten la catástrofe y garanticen un futuro a la especie humana y a todo su medio ambiente natural?

En lo particular creo que todavía el hombre puede cambiar la situación si cambia su mentalidad y busca alternativas para una relación más humana con

su medio. Para ello pienso que es imprescindible estudiar todos los hechos ecológicos y sus implicaciones y darlos a conocer al mayor número posible de personas; sólo así se podrán dar pasos sobre un más sólido fundamento de conocimiento y una más precisa valoración.

Como discípulos de Jesús Mesías la pregunta sobre qué tenemos que hacer ante la crisis del medio ambiente tiene ya una respuesta, la cual parte de la misma predicación de Jesús: El Reino de Dios. La única garantía que tenemos frente a los excesos unilaterales es el reconocimiento del auténtico centro de la realidad, la afirmación de un *absoluto absoluto* de quien depende, incluso el absoluto relativo que es el hombre. El hombre es fin, no medio; pero no es un fin último. Dios quiere al hombre como fin, no como medio. Pero la sola forma de evitar que el hombre sea mediatizado, objetivado, es reconocer su ordenación a Dios. Dios es el único fin que no mediatiza, sino que finaliza, esto es, consume, confiere finalidad y rectitud, plenifica. En esta plenificación y finalización también el mundo donde habita el hombre adquiere un sentido último que el hombre tiene la responsabilidad de ayudar a construir.

Por esa razón nuestra reflexión desde la fe no puede limitarse a recetas o a la mera enumeración causística de las obligaciones inmediatas del hombre frente a su responsabilidad ante el medio ambiente, la magnitud del problema no lo permite. La dramática situación creada sobre todo en los países industrializados de tradición cristiana, tiene que encontrar a los cristianos preparados para examinar su conciencia no sólo sobre acciones equivocadas o desastrosas omisiones, sino sobre actitudes o ideologías que puedan ayudar a explicar las causas más profundas del problema, con el objeto de alcanzar una conversión y una renovación profunda del propio ser. Y el único que puede realizar esto es Jesús Mesías, el único hombre nuevo.

Al modelo de hombre autónomo, dominador, que el pensamiento tecnológico ha divulgado, la fe cristiana opone el modelo de hombre señor de la naturaleza, pero al mismo tiempo, más radicalmente aún, criatura y hermano de ella, y simultáneamente destructor de ella; por ello ha necesitado siempre de una conversión a Dios y al mundo.

Pero hablando de modelos de hombre, el cristianismo no puede detenerse en su pasado judío, en la figura genesiaco davídica de hombre, sino que ha de mencionar sobre todo a Jesús Mesías. Precisamente por pertenecer a éste, es el hombre creyente dueño de todo (1 Cor 3, 21-23); de él hace la fe, en este marco de referencias en que nos encontramos, una afirmación capital: Jesús Mesías es el auténtico hombre original, la imagen cabal del Dios creador (2 Cor 3, 18; 4,6; Jn 1). Afirmación que se puede desdoblar en otras dos complementarias: 1) por un lado es la palabra creadora y soporte de la realidad (Jn 1,3. 10; Col 5,15; 1 Cor 8,4-6; Ef 1,4-12) y 2) por otro, y al mismo tiempo, es el primogénito de la creación, el salvador del mundo, cabeza del cuerpo total (Col 1,15-20). Así, Jesús Mesías es aquel que concibe y verifica su señorío y excelencia sobre

la Creación en fraternidad con ella y responsabilidad por ella. Más aún, es aquel que no alardeó de su rango divino, sino que, al contrario que Adán, se despojó de él y se bajó a compartir la suerte de la creación hasta morir como ella, con ella y por ella (Fil 2,5-11). Podemos decir entonces que Jesús Mesías es el creador solidario con la creación, con su obra. En él nosotros sus discípulos tenemos que hallar el indicativo para nuestras relaciones con nuestros hermanos y con nuestro medio ambiente.

En la encarnación de Jesús Mesías, Hombre y Dios, Hijo único del Padre (Heb 1,1-4) empezó a cumplirse lo que había anunciado el profeta Daniel (7,13-14) y lo que el oráculo del profeta Natán había anunciado a David (2 Sam 7,11-17): un hombre nuevo, para quien Dios será Padre y que será para Dios un Hijo, y al mismo tiempo el señorío de Dios total y para siempre. En Jesús se anticipa el cumplimiento definitivo de la promesa dada a los padres; en él empieza una nueva era de la creación y de su historia, la transformación definitiva de los hombres y del mundo.

En Jesús Mesías, Dios ha dicho a los hombres su palabra última, definitiva e insuperable: la palabra definitiva y reveladora sobre sí mismo. El diálogo creador entre Dios y los hombre, vivido históricamente a través de todo el Antiguo Testamento, ha alcanzado una dimensión nueva, y esto es posible sólo entre interlocutores nuevos: Dios revelado como quien es, con verdad totalmente nueva: Padre de Jesús, Mesías, su Hijo único, a quien ama, y Padre de todos los hombres a quienes ama en su Hijo encarnado. La palabra de Dios a los hombres es siempre gracia eficaz y por esto el hombre que la recibe y escucha no puede ser menos que transformado por ella.

Por esa razón; en un mundo amenazado de muerte por la agresión al medio ambiente, hablar del Reinado de Dios, que implica como hemos visto una reconciliación universal, incluida la naturaleza (Rom 8,18-28), es necesario una visión crítica del problema de la agresión al medio ambiente asumida desde la fe en el poder de Jesús Mesías resucitado, y expresada en compromisos históricos de sociedades e individuos en orden a la definitiva transformación del mundo y de la historia.

En Jesús Mesías, Dios ha hecho manifiesta una vez-para-siempre su voluntad salvífica para todos los hombres y para toda la creación. Sólo a Jesús Mesías glorificado, "imagen de Dios" por excelencia (2 Cor 4,4; Col 1,15) corresponde el dominio sobre toda la humanidad y la primacía de toda la creación. El hombre, toda la humanidad y el mundo están destinados a la nueva y eterna alianza en Cristo. El hombre, creado a la imagen de Jesús Mesías, finalizado en él y participe del destino mismo de Jesús Mesías en la resurrección y a la gloria divina, vive la nueva alianza configurado a él en un diálogo de amor y de servicio fiel y eficaz, en la espera de la revelación-manifestación última y plena en Cristo mismo que es la Parusía.

El hombre nuevo en Jesús Mesías, asumido desde su estar-en-el-mundo,

está llamado a esperar creativamente el advenimiento definitivo de la morada de Dios entre los hombres. Su modo histórico está también llamado a ser salvado de la destrucción y de la muerte. En cuanto espíritu encarnado, expresándolo siempre a través de la corporalidad mundana, el hombre cristificado asume también al universo entero. Por eso, hablar del problema de la agresión al medio ambiente nos conduce a hablar inmediatamente de Reino de Dios, del señorío de la vida sobre la muerte, para los hombres y para el mundo.

Por esa razón, la adhesión personal de cada hombre a Jesús Mesías es participación en el envío-misión que el Padre le encomendó para la realización del Reino y la transformación radical del mundo (Jn 17, 18-19; Mt 28, 16-20; Rom 8, 18-25). Esta auténtica participación humana en el envío-misión de Jesús Mesías tiene como finalidad el hacer presente al crucificado-resucitado en la humanidad entera y en el mundo como centro de toda la creación, y así edificar el cuerpo entero de Jesús Mesías en un mundo transformado. Cada ser humano que se objetiva entre los demás hombres y dentro del mundo, a través de su corporalidad, objetiva su propia unión con Jesús Mesías hacia el Cristo-todo. Como el hombre compromete radicalmente su libertad en favor de su propia salvación en la vivencia profunda de la fe, esperanza y caridad, se hace responsable ante Jesús Mesías de su propia salvación según su constitutivo ser-hombre; ser espiritual-corpóreo, en relación con los demás hombres en el mundo. Por consiguiente, se hace también responsable de la salvación de su historia y de su mundo en la entrega siempre más total y completa a Jesús Mesías. De aquí nace la responsabilidad moral del hombre para conservar su mundo como el medio ambiente donde se hace presente el amor de Dios.

Así, como los procesos históricos van siendo tejidos por una multitud de relaciones sociales, económicas, políticas e incluso religiosas, al tratar del problema de la agresión al medio ambiente el discípulo de Jesús Mesías no puede ser un ingenuo espectador, es necesario que analice estructuralmente las causas de la explotación de la naturaleza y de los hombres que se oponen a la construcción del proyecto definitivo de Dios: la instauración de su Reino, comunidad de relación dialógica en el amor; de este modo puede ayudar con su praxis transformadora en el amor a superar esas causas a instaurar el Reinado de Dios. Sin embargo, no puede olvidar que esa praxis transformadora puede remodelar el mundo al comunicarle valores humanos y cristianos y es en este sentido como se dice que el hombre puede humanizar el medio ambiente al incluirlo en el vivir humano; pero también puede ser manifestación de las valoraciones destructivas del hombre y del mundo. La destrucción del medio ambiente puede expresar la crueldad de la persona hacia los demás e incluso el odio que siente hacia sí misma. Por esa razón es necesario que tenga una conversión constante hacia el proyecto-misión de Jesús Mesías, que es lo único

que puede purificar nuestras intenciones en las relaciones que vivimos con los demás hombres y con nuestro medio ambiente. Esta conversión es necesaria puesto que la agresión a la naturaleza no es otra cosa que una expresión del pecado, de la ruptura de la relación de amor con Dios, con los demás hombres y con la naturaleza.

Así, desde una perspectiva cristiana, liberación del hombre y de la naturaleza van estrechamente unidas, se exigen mutuamente, aunque con una superioridad de parte del hombre, indicada también por san Pablo "todas las cosas son de ustedes, y ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios" (1 Cor 3,23).

Si aceptamos la responsabilidad de respetar y preservar la vida humana, en ella deben incluirse todos los medios necesarios para asegurar ese fin. Dado que el hombre depende esencialmente de la biosfera, somos responsables de proteger nuestro planeta para el bien de la humanidad. Ninguna persona ni organismo tiene pues el derecho a considerar la biosfera como si fuera de su propiedad. Toda actividad humana habrá de valorarse a la luz de este principio antes de permitirse su desarrollo en el entorno físico. Por otro lado, el contexto de la biosfera y la limitación de los recursos naturales importantes obligan a la humanidad no sólo a tomar en serio las responsabilidades locales, sino también a crear acuerdos y organismos internacionales que garanticen la seguridad de nuestro patrimonio. Nuestra primera responsabilidad debe ser la protección de la biosfera.

Pero para aceptar esta responsabilidad el hombre necesita de un cambio de mentalidad. Tiene que realizar una opción por la vida y rechazar todo proyecto de muerte que conduzca a corto o largo plazo a la destrucción de los diversos ecosistemas. Desde la perspectiva cristiana podemos decir que se tiene que realizar una conversión, una metanoia a favor del proyecto de Dios. Sin esta auténtica conversión no se podrá realizar ningún proyecto de conservación de la biosfera. En este proceso de cambio de mentalidad hay que ir de la dimensión individual a la dimensión universal mediante la solidaridad con los demás hombres y entre los países, tal y como lo señala la doctrina social de la Iglesia y toda la reflexión moral cristiana. Sólo una solidaridad entre las humanidad puede conducir al hombre a un auténtico desarrollo, justo y equitativo. Esta solidaridad tiene que estar fuertemente fundamentada en el amor a la verdad, a la justicia, a la paz, y la libertad. En otras palabras, estar fundamentada en Cristo Jesús, Señor Nuestro.

En conclusión puedo afirmar que la crisis ocasionada por la agresión al medio ambiente no puede ser ajena al discípulo de Jesús Mesías, su mismo ser de discipulado le exige respuestas concretas y responsables a favor del medio ambiente en el cual él habita. La naturaleza le ha sido dada como espacio para desarrollarse plenamente como persona humana, pero la misma naturaleza tiene una razón de ser en sí misma que el hombre no puede desconocer y a la cual tiene que ayudar alcanzar su fin. Desconocer o no aceptar esta mutua

relación es oponerse al mismo proceso de humanización del hombre. Desde la teología cristiana el hombre-criatura tiene una misión que realizar en medio de toda la creación: ayudar a esta a llegar a su último, donde él mismo es parte de esta creación. Estamos llamados a ser cada vez más hombres y mujeres, a crecer en un más de humanidad, si continuamos agrediendo a la naturaleza no crecemos en ese más de humanidad, y por lo tanto no crecemos en la dimensión del Reino de Dios.

